

Entre dos culturas

Sigrid: la novia sueca

Víctor Herráiz

De los efectos liberadores de las nuevas invasiones vikingas en la España de los 60.



Ilustración: Capitán Trueno, Crispín, Goliath y Sigrid. Autor: M. Diaz.

Hasta los años 60 del siglo pasado solo algunas vagas noticias nos venían de Suecia. ¿Qué podemos contar? Algunas fotos de una casa real que las revistas del momento *¡Hola!* o *Lecturas* dejaban entrever como civilizada y simpática; una reverente admiración por el acero sueco, apreciado como lo mejor en chapas y rodamientos; los ecos de un cineasta que pasaría a ser objeto de culto: Ingmar Bergman; un envidiable nivel de vida de aquellas gentes... Pero a partir de los años 60 y 70, emergió con el encanto de una saga nórdica el atisbo de que las relaciones amorosas podían ser naturales, espontáneas, sanas, sin el acostumbrado halo de mojigatería y tabú. Y ello se forjó sobre la imagen sugerente de las turistas suecas que comenzaban a frecuentar nuestras playas mediterráneas, valquirias en bikini de espectaculares ojos azules y rubios cabellos que nuestro cortiño toro negro de Osborne buscaba cada noche enamorar imitando sin saberlo el mítico rapto de Europa.

“¡Qué vienen las suecas!” gritaba Alfredo Landa en una de sus películas de entonces tocando a zafarrancho libertario contra la moral gazmoña. Claro que no todas las turistas extranjeras que acudían a la

“ por algún motivo fueron las suecas las que quedaron unidas al imaginario colectivo ”

España del litoral eran escandinavas, y la mayoría ni siquiera suecas. Pero, por algún motivo, fueron las suecas las que quedaron unidas al imaginario colectivo. Hay quien cree como el escritor Emilio Quintana que en ello influyeron diversos proyectos de temprano asentamiento en España promovidos por funcionarios o empresarios suecos. Ya en julio de 1954 se había inaugurado en Torremolinos un colegio sueco de vacaciones que por períodos quincenales atrajo miles de estudiantes suecas en la

época estival, sobre todo a partir de 1960, tras el terremoto que sufrió Agadir, el enclave turístico de Marruecos. Famoso fue también el establecimiento en 1965 en la playa de San Agustín (Gran Canaria) de los apartamentos “Nueva Suecia” por el constructor sueco Sven Kviborg, cuyo reclamo ha favorecido la llegada de cientos de miles de suecos cada año, algunos de los cuales han hecho de España su residencia definitiva.

Puede afirmarse en cualquier caso que fueron el icónico turismo nórdico y su entusiasta narrador, el cine español de la época (*Amor a la española*, 1967; *El turismo es un gran invento*, 1968; *Manolo La Nuit*, 1973...), quienes ayudaron a abrir definitivamente los ojos de nuestros paisanos a otras realidades ocultas hasta entonces. De pronto supimos que había, sí, otros mundos allá por el brumoso y frío norte donde la libertad y el deseo no eran pecado y donde consultar por ejemplo un manual de medicina (aquí agotamos el

del doctor López Ibor) para conocer que el método Ogino no conducía de seguro a arder eternamente en las calderas de Pedro Botero. Números guiones interpretados por los entrañables José L. López Vázquez, Alfredo Landa, los Ozores..., no sin algún aspaviento chabacano —todo hay que decirlo—, sonaban no solo a los tímbriles de una inaplazable liberación sexual, sino también a un fuerte anhelo de progreso por dejar atrás los velos de una España ahíta de prohibiciones cuaresmales, novenas semanales y consultorios de la señorita Francis.

“dejar atrás los velos de una España ahíta de prohibiciones cuaresmales, novenas semanales y consultorios de la señorita Francis”

Pero la afición popular de los años 60 por la iconografía sueca no se explica solamente por los flujos y contactos de un turismo con aires modernos y renovadores. En mi opinión, se asienta también en una predisposición positiva hacia las etnias y cultura nórdica como portadoras de una identidad y unos valores genuinos que la dominación árabe en España supuestamente habría desplazado. Aquí, una parte de la historiografía, y más durante el franquismo, vertió la idea de que la *esencia española* coincidía con la herencia de los pueblos godos y la cristianizada monarquía visigótica, europeos en sí, frente los “invasores” del islam, que no dejaban de ser elementos africanos en su mayor parte y además infieles. Aun hoy a esto del cristianismo como pilar de la “civilización occidental” se le sigue dando vueltas cuando se discute de constitucionalismo en la Unión Europea.

Por eso mismo, no es extraño que el personaje más exitoso del cómic español de los años 60, el Ca-

pitán Trueno, tuviera una novia... ¡sueca!, la famosa Sigrid, princesa del legendario reino de Thule.

Cuando Víctor Mora crea el personaje del Capitán Trueno, un caballero del Ampurdá entonces bajo el dominio del rey de Aragón y conde de Barcelona Alfonso II, corre el año 1956. En esos años, los héroes de la historia de España en los libros de texto de los colegios son —además del más antiguo Viriato— don Pelayo, el Cid, los Reyes Católicos y don Juan de Austria, todos vencedores de los sarracenos y ejemplar referencia de la nobleza goda y del Sacro Imperio Germánico. La primera aventura del Capitán Trueno *A sangre y fuego* nos muestra al héroe como jefe de un grupo de españoles luchando junto al rey inglés Ricardo I en julio de 1191 durante la toma de Acre a los musulmanes en Tierra Santa, en la Tercera Cruzada. En la lejana España los reinos cristianos, divididos, pasan un mal momento que se acentuará con la derrota ante los almohades en la batalla de Alarcos de 1195. Mientras tanto en Suecia, aunque se suceden luchas internas por el poder entre las casas de Erik y de Sverker, se completa aceleradamente el proceso unificador de cristianización.

Cuando de vuelta de Acre Trueno encuentra a Sigrid por el mediterráneo en un *drakkar* timoneado por su protector Ragnar Logbrodt pronto descubrirá que tras la belleza de sus ojos garzos, rubia cabellera ondeando al viento, finos pómulos, largas piernas y cintura inverosímil; se esconde casi una amazona, una *sköldmö* de saga diestra con la espada, que nació en un barco camino de Vinland (América) donde perdió a sus padres, acostumbrada a la vida dura del pillaje y la guerra. Sigrid no duda en acompañar activamente a Trueno en parte de sus aventuras. Pero también desempeñará con prudencia y sin tutela masculina las tareas de gobernar el reino de Thule que recibe como herencia. Mora pinta a Sigrid como la simbiosis de la dama de caballero, amante dulce

y fiel, a la vez que mujer autónoma con responsabilidades y capaz de un trato de igual a igual. Sigrid de Thule fue precursora de la mujer independiente moderna, adelantada de aquellas otras Erika, Gerda, Anna, Inge, Birgitta, Lena que en los años 60 invadieron cual cruzada pacífica de liberación la Costa del Sol y con las que entre otras cosas aprendimos a ver en la mujer una compañera.

“entre otras cosas aprendimos a ver en la mujer una compañera”

Trueno y Goliat eran de cosecha hispana. Pero con Sigrid, Crispín, las frecuentes visitas y amistades hechas en Thule, sinceramente casi se diría que la escuadra del Capitán Trueno trabajó como un equipo hispano-escandinavo. Ofició de embajada informal española en los reinos de Suecia y, si no fuera por su destino de militante aventurero y quijotesco que le impidió la ocasión de llegar a casarse, el Capitán Trueno podría haber terminado como rey consorte de ese Thule que representaba a la Suecia medieval. Así, no fueron los hijos de Sigrid y del paladín español (que no los tuvieron), sino los de un general francés del ejército de Napoleón, los que seiscientos años más tarde se alzaron con el trono de Suecia para continuar hasta nuestros días. El general se llamaba Jean Baptiste Jules Bernadotte, nacido en Pau, ciudad por cierto hermanada con Zaragoza, quien en 1813 cambió de bando, se hizo antibonapartista y fundó con el nombre de Karl XIV Johan la dinastía Bernadotte hoy aún vigente en Suecia.

Pero no sabemos si en verdad a Víctor Mora, nuestro admirado guionista, le hubiera gustado ese final, pues fuera de la tinta y las tramas propias de sus historias gráficas, sus simpatías iban claramente por el ideal republicano.